



ISIDRO FABELA

POR GABRIEL CHAZARO POUS,
(periodista y escritor)

No siempre es condición indispensable tratar a una persona para conocerla. La luminosa suavidad que emergía con perennidad de aurora del rostro de León XIII, fue bastante para sentirlo y amarlo; lo poco que supimos del Cardenal Mercier, suficiente fue para “verlo” y admirarlo. Tal el caso de nuestro Isidro Fabela acerca de quien formulo esta modesta opinión. Del hombre más bueno he oído algún comentario desfavorable; de Fabela no he oído nada que amengüe el concepto que de él tengo formado.

Cuando a José Martí le pidieron un epitafio para la madre de los Maceo, dio sin el menor titubeo este solo vocablo: MADRE. Ese fue para el libertado de Cuba el mejor epitafio para tan excepcional mujer. Yo quiero decir que si un día me pidieran un concepto referente a la personalidad de Fabela, entregaría también sin el menor titubeo estas tres palabras: UN HOMBRE BUENO. ¡Qué mejor tributo en el altar por él mismo levantado!

Le tocó a Fabela el más escabroso terreno revolucionario; anduvo entre toda clase de hombres y seguramente de acechanzas y de intrigas; pero su plumaje como en el lampo diazmironiano cruzó por todas las charcas sin macular su albura.

Es de suave diapasón; llega su verbo a nosotros edulcorado de Himeto y su alma se extravasa y nos alcanza en forma de refrescante y cariciosa brisa. Hay hombres tempestades y hay hombres melodías. Los hay que truenen aunque el tema sea iridiscente y los hay que bañan de luz aunque vayan a entregar una infausta nueva. Menos nos subyuga el poeta de Nazaret con sus parábolas de maravilla que con su blancura extrahumana. La bondad del ser humano —¿bondad o amor?— es, a nuestro juicio, superior a la

sabiduría. Mucho admiramos a Goethe; pero nos quedamos con la diáfana sonrisa de León XIII, Lumen in Coello.

Un conversador imprudente se acerca un día al general Joffre y le dice que en el triunfo del Marne habían jugado papel importante tales y cuales imponderables y el ya Mariscal de Francia le contesta: Sí, en efecto, esos que usted menciona y otros que tal vez no conoce; pero si no se hubiera ganado esa batalla seguramente que la habría perdido el general Joffre. Si Fabela hubiera tenido un fracaso en su vida de lucha y de trabajo ese sería el que "la ingratitud de los hombres" habría tomado en firme. A pesar de todas las conquistas hechas en el terreno de la humana convivencia estamos todavía muy lejos de amarnos los unos a los otros.

Fabela vio la primera luz en Atlacomulco, del Estado de México el 29 de julio de 1882. Su Bibliografía es abundante; ha sido profesor de diversas asignaturas en México y en Chihuahua; Miembro distinguido de la Sociedad de Geografía y Estadística, Presidente de la Academia Mexicana de Derecho Internacional y Miembro de la Academia de la Lengua correspondiente de la Española. Ha escrito libros que hasta este humilde cura ha leído con vivo interés. Vaya entre ellos, Neutralidad, Los Estados Unidos y la América Latina, La Conferencia de Caracas y la Actitud Anticomunista de México, Cartas al general Cárdenas, Rubens, Despedida a Rómulo Gallegos, Alfonso Reyes... Se recibió de abogado en 1908; a poco andar estaba ya incorporado al movimiento armado que sacudió de tan ruda manera a nuestro solar. Y me pregunto: ¿Y qué? Luisa Marienhoff dice de Miguel Oxiacán: "¿Dónde nació? ¡Qué importa! Nació en el Universo; surgió de él y su alma, como su obra, son universales". Así la siembra de Fabela. Y esos hombres que "nacen en el Universo" son los que enseñan el camino que hemos de seguir y aun después de muertos siguen como llevándonos de la mano.

Empero de todo lo escrito; libros en verdad de estudio y de consulta; yo me quedo con su CARTA A MI HIJO DANIEL en la que dice: "Pero no quiero que te vayas sin decirte una gran verdad: que en nuestro hogar, que seguirá siendo tu casa, dejas una santa madre y al mejor de tus amigos. Mi amistad paternal no te faltará nunca, sobre todo cuando el dolor te sorprenda y acompañe. No quisiera jamás verte sufrir, pero si alguna vez las penas te conturban, no vaciles, en acudir a nosotros para que compartamos

contigo tus tribulaciones y para salvarte de ellas. Pues has de saber que las misericordiosas manos de los padres, tienen por una concesión divina, un sortilegio milagrero para sus hijos". ¡Qué satisfacción y qué consuelo poder hablar así al entregarle un hijo al mundo! Y más inefablemente todavía nos estruja cuando al hablar de la compañera de su vida dice con voz que arranca de la almendra misma del ser: "El libro de mi vida lo hemos escrito juntos; si ese libro vale algo, la mitad se debe a ella". No encuentro una palabra que traduzca fielmente mi emoción.

Decía el autor de *Lascas* que el hombre debe abrir un surco en su paso por la vida y Fabela ha roturado ese surco con amplitud y hondura. Empero particularísimamente prefiero al cerebro de los hombres su corazón. Entre Goethe y Chandi no titubeo; admiro a Víctor Hugo, pero siento y amo a Dios a través del Bhagavad Gita.

Y para ponerle punto final a este pobre discurso: Hago mío el concepto de Alfonso Cravioto cuando dice que Fabela "es uno de los mejores hombres de México". De eso, de hombres buenos, está ávida mi pobre Patria. El mundo entero, si he de ser veraz como debo serlo, en estos momentos congojosos "cargados de destino".